

MARÍA ANTONIA GARCÍA DE LEÓN y MARISA GARCÍA DE CORTÁZAR (codirectoras), *Las académicas*. Profesorado universitario y género. Instituto de la Mujer. Serie Estudios. Madrid, 2001.

En las primeras páginas del texto María Antonia García de León nos indica que estos estudios pueden interpretarse afectados de un cierto sesgo desde sus orígenes los del movimiento feminista. Hace muy bien en avisar con tiempo, porque es la acusación habitual por parte de aquellos científicos que, sin aproximarse a sus contenidos, si se sienten autorizados a calificar su rango, entre otras disciplinas. Si bien es cierto que las especialidades se admiten en cualquier campo de interés (los medios de comunicación, el cambio social), hablar desde la perspectiva de género, lejos de identificarse con una especialidad se desliza a la tierra de nadie, al lugar de los temas. Tema «mujer», hecho por mujeres, para mujeres, nada más lejos de la realidad, este texto ofrece las claves que sustentan las relaciones laborales en una organización cuya opacidad es bien conocida; organización cuya dedicación a la formación y el saber la coloca en un lugar de significación distinto, frente a otras organizaciones de trabajo. Mirar la institución desde dentro es una operación no exenta de dificultades.

Para empezar, mencionar el género cuando nuestra universidad hace gala de acogerse a un impecable código administrativo: igual de oportunidades en función del mérito y la capacidad, representa un ejercicio arriesgado, porque hablar desde la perspectiva de género conlleva ser catalogado como un tema en vías de alcanzar un status científico (a juzgar por la bibliografía citada sobre esta disciplina). Por otra parte, bucear en una organización para comprobar la universalidad de sus procedimientos —siendo parte de ella— trae consigo poner al descubierto los elementos que la obstaculizan (siempre se mata al mensajero). De este modo, el mérito es doble. Primero, no abundan los estudios «sobre» la universidad y en el libro de *Académicas* se muestran las condiciones que hacen posible —o no— la igualdad ante el ejercicio del saber y la docencia. Segundo, no es un objeto de estudio cómodo porque se ha pedido, mediante encuestas, en-

trevistas y grupos de discusión, que sea el propio profesorado quien haga un ejercicio de reflexividad sobre ellos mismos y sobre la institución a la que se adscriben.

Para contrarrestar dichos riesgos, se ha querido presentar un texto prolijo en datos recogidos en 619 páginas. Aunque los esfuerzos por aligerar el texto hubieran sido bienvenidos, es cierto que cada especialista (María José Alonso Sánchez, Susana Andino, Fátima Arranz Lozano, Paula Cirujano Campano, Silvia Andreu y Marisa Fresno), junto con las codirectoras, ha explotado los datos al objeto de profundizar en todas las vertientes de la carrera académica, desde sus comienzos: estudios de postgrado, la contratación de profesorado no numerario, su formación, las escalas de promoción y sus trayectorias profesionales. Hasta llegar a la cúpula de la estructura, el cuerpo de catedráticos, del que las catedráticas forman un núcleo notablemente minoritario. Demostrar lo visible requiere contar con un buen tratamiento de los datos, lo cual no siempre es fácil. García de Cortázar, resuelve las extraordinarias dificultades de la búsqueda de fuentes. Las diferencias de datos entre el Consejo de Universidades y la Estadística de la Enseñanza Superior en España (la última publicación de 2000 corresponde a los datos de los años 97/98), o la longevidad de estos (el Anuario de Estadística Universitaria cuya última información data del curso 91/92), por lo que se opta por elaborar una base de datos procedentes de listados (abril 1999-septiembre 2000) utilizando el nombre propio como referencia (cerca de cincuenta mil referencias nominales). Un improbable esfuerzo que se concluye en tomar como universo la categoría de profesorado numerario en activo, y que ejercen en la universidad pública. El estudio se estructura alrededor de tres preguntas que, en sí mismas abren nuevos interrogantes: ¿quiénes son los profesores, cómo son, y cómo han llegado a ser lo que son?

Precisamente de la cooptación (la selección en función de círculos informales de colegialidad y poder), frente a la selección (competencias probadas objetivamente) con dos vías que sirven a María José Sánchez para exponer el principal argumento de su capítulo: la teoría de las elites. Marco utilizado para mostrar que la trayectoria académica, a la luz

de una lectura de género, conlleva testar estos conceptos maestros como carrera, estrategia y motivación, para culminar un itinerario profesional. Diferencias que no se constatan durante la formación (el profesorado no hace distinciones genéricas respecto a su alumnado). Sin embargo, el horizonte profesional es diferente, como se muestra en la elección de programas ofertados en el doctorado. La clásica división de ciencias y letras, queda asociada a éxito o vocación, respectivamente para hombres y mujeres. Susana Andino, llama la atención sobre el papel del mérito en una suerte de factor de voluntad. De hecho el 75% de los encuestados confirma que el acceso de las mujeres a puestos de prestigio y representación depende del tiempo disponible de éstas (no se reflexiona sobre las actividades a las que se dedican). De esta manera se privatiza el uso del tiempo (cada sujeto —libre de obligaciones— lo usa como quiere) y éste se convierte en una mera opción. Pero conseguir hacerse con una carrera profesional disipa los espejismos. La carrera equivale a una acumulación de tiempo rentabilizado en función de un objetivo. Alonso Sánchez, muestra que los dilemas familiares se encallan en una distribución de tiempos en la pareja. Espinoso asunto del que también se ha ocupado Ulrick Beck (*Normal Chaos del Amor*) al lanzarnos una pregunta clave *¿cómo se combinan dos biografías con dos carreras profesionales? ¿Quién asume los riesgos?* Si queremos referencias las encontramos en este texto, en las conclusiones de Evetts no muy alentadoras en cuanto a emprender una corresponsabilidad en el hogar, pero nítidas en lo relativo a nuevas categorías de análisis.

Los escenarios se fijan en cuanto a los perfiles profesionales. Paula Cirujano muestra cómo estos se ajustan a los contenidos de las áreas de conocimiento donde se insertan. Es previsible que las áreas de humanidades concentren un 42% de mujeres, frente a un 58% de varones. Mientras que en el otro extremo hallamos las carreras experimentales, donde la abstracción sigue ligándose a una capacidad masculina, como muestra su profesorado femenino, un 32%, siendo las ingenierías y tecnologías las que agudizan la diferencia, con un 85% de varones frente a un escaso 15% de mujeres.

Cuando entramos en el aula, la docencia contiene datos muy relevantes. García de Córtazar nos muestra que, a pesar de la preparación académica, se observa una mayor diferencia en lo que respecta al apoyo del departamento. La opinión común reconoce que la ayuda departamental no es igual para todos y todas (uno de cada cuatro encuestados la juzga menor respecto a las profesoras). Aunque el uso del tiempo —dada la dedicación docente— no parece ser un factor clave, pero sí lo precisan otras actividades propias del oficio del profesorado (investigación, publicaciones) disponibilidad no equiparable para profesoras y profesores. Sobre el futuro parece recaer la solución, al manifestar los encuestados que es cuestión de «tiempo» esperar a que las cosas cambien. Si de cambios se trata, Fátima Arranz resalta unos muy importantes. Ya no gravita el acceso en los orígenes familiares, no es el linaje, o pertenencia a una familia de renta alta, un factor determinante, sino que gana la partida la movilidad social, gracias al *fin de la hegemonía de un rígido modelo de roles*, nos dice la profesora Arranz. Si los recursos familiares se distribuyen en ofrecer educación a todos y todas, otra cosa es la elección del itinerario.

La elección de la pareja es otro tema primordial. El 75% de las profesoras tienen un compañero licenciado, mientras que sus compañeros de profesión lo sitúan en un 59%. La pareja que tiene estudios de grado medio representa el 16% de las profesoras y el 24% de los profesores. Sostener carreras profesionales no es una actitud novedosa. Ya recomendaba Ramón y Cajal en su discurso de ingreso a la Academia Española (recogido por María Ángeles Durán *Si Aristóteles levantara la cabeza*) los beneficios de plantear que «para el hombre de ciencia el curso de la esposa es tan necesario en la juventud como en la ancianidad», hablar desde la perspectiva de género conlleva ser catalogado como un tema en vías de alcanzar un rango científico (a juzgar por la bibliografía citada sobre esta disciplina). Volviendo al texto, Arranz se detiene en los órganos de gobierno de la universidad, y comparándolo con el déficit democrático de otros órdenes legislativos y ejecutivos —en lo relativo a rectorado y vicerrectorado— reconoce que también es clave la sobrecarga de gestión que representa la presencia en comisiones y subcomisiones, lo que concita un desánimo en

la asunción de dichas tareas. A pesar de ello, profesores y profesoras se han hecho cargo –sin diferencias notables de género– en direcciones de departamento y decanatos. De hecho se manifiesta una notable satisfacción en relación con su situación laboral, aunque no es la salida profesional recomendada a las siguientes generaciones. Dato que subrayan Andreu y Fresno al presentar los grupos de discusión: la satisfacción es generalizada, a pesar de la individualidad propia del contenido de la profesión, lo que dificulta aglutinarse en temas reivindicativos: retribuciones, complementos. Situaciones urgentes en la escala de ayudantes y asociados. Como urgente es contar con las mismas redes informales –vitales en las oposiciones a cátedra– para todo el profesorado hombres y mujeres. En ciencias sociales el 13% son catedráticas, frente a un 87% de sus homólogos. Valores semejantes a la proporción total de mujeres catedráticas entre el profesorado (11% y 89%, respectivamente). A pesar de que no todas las afectadas reconozcan una posible discriminación, es cierto que se cuenta con un menor capital social, no se comparten tantos centros de interés y no se está presente, de manera asidua, en los espacios informales que, por su naturaleza, se concitan fuera de la jornada laboral y que son decisivos en todo tipo de organización compleja.

Entrando en la habitación propia, las biografías nos reservan datos sumamente esclarecedores, sintetizando –a mi pesar– la figura del padre no coincide con el estereotipo de padre ausente, sino involucrado directamente en la trayectoria de sus hijas. Siendo la madre más el soporte afectivo, pero no la vía de saber. El rol paterno expresa sus actividades masculinas: disciplina, constancia, exigencia, metáforas

recurrentes en los relatos de las entrevistadas, habilidades que se ven estimuladas por la pertenencia a una clase alta, llena de privilegios en cuanto a oportunidades vitales: aprendizaje temprano de idiomas, inclusión en redes, experiencias nuevas, viajes. En suma, apertura de horizontes cercanos a labrarse una carrera profesional, carrera que parecen haber compartido con una pareja que secunda sus esfuerzos.

No es nada nuevo mencionar que los varones han sido los «padres» fundadores de todas las ciencias y disciplinas, pero sí resulta novedoso introducir cambios en las organizaciones destinadas a la producción de conocimientos, aunque éstas disfruten de una valoración positiva (la pregunta: *la universidad es un espacio en el que se encuentra más igualdad social que en otras organizaciones*, recoge el acuerdo del 60,7% de los encuestados). Para concluir, mencionar aquellos datos que han quedado fuera de un espacio de reseña: las estancias en el extranjero, las titulaciones de escuela, las tesis doctorales, la dirección de las mismas, las categorías docentes, la valoración entre compañeros y compañeras de oficio, además de los contextos políticos que atraviesan la universidad. Aunque debería haberse titulado «Académicos» puesto que se han recogido datos de ambos sexos, su título sí responde a una llamada de atención sobre una institución destinada al saber y la formación, con inercias propias de la modernidad. Después de leer este texto resulta más difícil eludir una explícita negociación de actividades, relativas a docencia e investigación, y no mantenerse vigilante ante el coste –y beneficio– de mantener privilegios de género.

Soledad MURILLO DE LA VEGA